

SOBRE LA TRAGEDIA DEL PRÍNCIPE CONSTANTE
(Para LA NACIÓN)

SALAMANCA, marzo de 1918.

No va sólo para descansar del tumulto de impresiones y expresiones que nos trae la trágica historia presente, la de la guerra actual, sino hasta para digerirlas, no hay nada mejor que acudir a la pasada historia.

¿Pasada? La historia es siempre presente. Recordar historia es hacerla. Nuestros recuerdos son tan de hoy como nuestras percepciones.

He estado leyendo el relato de aquella lamentable excursión guerrera de los portugueses a Marruecos en el siglo XV, aquella en que fueron el infante don Enrique y el infante D. Fernando, dos de los hijos del rey D. Juan I. Y no la he estado leyendo en el admirable libro de Oliveira Martins «Os filhos del rei D. Joao», acaso el libro de historia más artístico, más poético, que se ha escrito en la península ibérica. No, no he leído el relato de esa expedición en este libro admirable sino en dos de las antiguas y venerables crónicas portuguesas, en la «Chronica do Infante Santo D. Fernando», de Fr. Juan Alvarez, secretario y servidor que fué del príncipe Constante—asi llamó Calderón al santo infante portugués muerto en Fez—y en «Chronica d'El Rei D. Duarte» de Ruy de Pina, cronista mayor del reino de Portugal en tiempo del rey D. Manuel.

¡Qué encanto el de estos antiguos cronistas portugueses! Tienen una intuición modernísima de la historia, aunque acaso más psicólogos que sociólogos como hoy se diría.

Oíd lo que Ruy de Pina dice en el prólogo de su crónica del rey D. Duarte, prólogo dirigido al rey D. Manuel Dice: «Historia, muy excelente rey, es tan liberal princesa de todo bien que nunca en su alabada conversación nos recoge que de ella nos separemos sin en toda calidad de bondades y virtudes espirituales y corporales hallamos luego otras y sentir en nos otro singular mejoramiento. Ni es sin causa porque la doctrina historial por la gran provisión de los verdaderos ejemplos pasados que consigo tiene es tan dulce y conforme a toda la humanidad que hasta a los malos que por lectura o por oídas de ella participan los vuelven luego buenos o con deseo de serlo, y a los buenos mucho mejores».

Hemos no traducido propiamente sino más substituído, palabra a palabra, el texto antiguo portugués para dejarle en todo su sabor exquisito.

Los malos que leen u oyen historia se vuelven luego buenos o con deseo de serlo «ou con desejo de o seer». ¡Qué fino trazo! Y así es que quien lee relatos de heroísmo se vuelve luego héroe o con deseo de serlo. Y el deseo de ser héroe, ¿no es ya una cierta forma de heroísmo? Acaso si hay al cabo un juicio final para cada uno de nosotros no se nos juzgará por lo que fuimos en vida, sino por lo que quisimos ser, por el ideal que de nosotros mismos llevábamnos dentro.

¡Melancólico relato el que del cautiverio y muerte del príncipe Constante, el santo infante D. Fernando, nos dejó su secretario, Fr. Juan Alvarez! Hay que leer en él como el infante consolaba en el cautiverio a los suyos, cautivos con él.

Por sus propias manos les ponía las medicinas y les daba de comer diciéndoles: «Comed esto por amor de mí, pues Dios sabe cuánto como yo por el vuestro». Comía D. Fernando por amor a los suyos y para no arrojir-



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III

los. Que así como su madre, Da. Felipa de Lancáster, la inglesa, al ir a darle a luz, su octavo y último hijo, teniendo 44 años, no quiso tomar un abortivo que el rey su marido le ofreció al verla tan endeble y temer por su vida, diciendo que no consentiría en ser herida de su propia carne ni en impedir que una nueva alma humana ganara el día; así su hijo, don Fernando, muy diferente en caso a los portugueses del pasado siglo XIX, nunca pensó en ninguna manera de suicidio. Pensaba, sin duda, del suicidio en un caso como el suyo, del modo que pensaba el místico general inglés C. G. Gordon, otro santo, estando en 1884 cercado en Jartum por los musulmanes también, y donde murió. Matarse, cuando por ello no se hacía bien alguno a nadie, parecía suicidio a Gordon.

Y era duro el cautiverio del infante! Continuadamente rezaba con ambas rodillas en las rodillas callos muy grandes y formábansele espigas muy profundas que le daban gran padecimiento. Y el trabajo allí no era otro sino rezar y después buscarse piojos y pulgas. ¡Pobre Benjamín de la casa de D. Juan I, vendido a los ensueños imperiales de Portugal!

Hay que leer en la vieja y conmovida crónica los últimos momentos del príncipe Constante.

«Y en esto entró el físico y díole de comer, y así pasó todo aquel día hasta que el sol se hubo puesto. Y el infante depuso en un paño una cantidad de yemas de huevo, que en aquellos días no comió otra vianda, y aquello venía sin otra digestión ni hedor ni mudanza, y como lo depuso empezó a decaer y fantasear. Y el confesor le preguntó:—¿Cómo se sentía? ¿Cómo estaba? Y el infante le dijo:—¡Voime del todo! Entonces le dijo:—Pues haced confesión general.—La que él sólo hizo muy cumplidamente, con protesta de guardar la santa fe y abrazándose con los merecimientos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen María y de todos los santos. Recibió la absolución plenaria «artículo mortal» y la bendición sobre ella, «volvióse sobre la parte derecha y dijo:—¡Ahora dejadme acabar!—Y con esta palabra, sin otra mudanza de gesto, dió su bendita alma al Señor Dios que la crió, con el cual vive «por siempre.»

¡Ahora dejadme acabar! A este tiempo había acabado ya su hermano el desgraciado rey D. Duarte, en Touzar, y había acabado acaso de... pasión. «Sobre la causa de su muerte tan arrebatada—escribió Ruy de Pina—en siete muy singulares físicos suyos y de los infantes que allí se juntaron, hubo muchas opiniones; unos dijeron que cuando pasara por el Puente de Soor mostrando reciamente con la mano derecha la altura de un torreón que mandaba hacer allí, se le desencajó el brazo, y que después corrió el humor que se le apostemó, de que vino su fin; otros opinaban que fué fiebre muy aguda; y otros que fué pestilencia, y, sin embargo, la opinión en que los más se afirmaron fué que al rey le causó la muerte la desigual tristeza y continua





pasión que por la desventura del suceso del cerco de Tánger tomó. No de la muerte de su hermano el menor, D. Fernando, el mártir de Fez, sino del fracaso del cerco de Tánger. Pero muerte de pasión de ánimo al fin. ¿Y ha de chocarnos esto? ¿No es la literatura y hasta la historia portuguesas las que más muertes por pasión, por amor, nos muestran? ¿Qué es la «saudade»?

Y lo que costó decidir aquella desgraciada expedición en que entregado en rehenes el príncipe Constante, para dar a cambio de él Ceuta, se le dejó morir! Y si el infante quedó en rehenes no fué, según su hermano D. Enrique se lo dijo al otro hermano, al mayor, al rey, «no con otro propósito y fundamento, salvo en no consentir que Ceuta se diese a los enemigos por él y que holgara dar por eso a Dios su vida y libertad en oferta». A treceños recuerda este drama aquel otro bíblico de José vendido por sus hermanos.

Lo que hay que leer en la vieja crónica de Ruy de Pina es los discursos que en pro y en contra de la expedición de Tánger que en reunión de los hermanos se tuvieron. Es lectura de grandísima actualidad.

El primero que habló fué el infante D. Juan, diciendo que son cuatro las cosas principales a cuyo fin se deben hacer las cosas todas de este mundo —y en aquel caso la guerra— «la primera por servicio de Dios, la segunda por honra, la tercera por provecho y la cuarta por placer y gusto». Y empieza el infante D. Juan a razonar sobre las cuatro causas a propósito de la proyectada expedición a Tánger. Y entre otras razones dió ésta, que hoy, a distancia de cerca de cinco siglos, conviene meditar: «Aun debéis, señor, considerar—dijo—en caso de que vuestra intención y la de algunos otros sea servir a Dios en esta guerra, que no es la de todos, pues unos irán por deseo de honra, otros con esperanza de ganancia, o y los más, que son peones y gente menuda, porque el reparo que hacen ganando para sus mujeres e hijos llevan consigo para no volverlo y no les queda la esperanza de sus sudores y trabajos en que se mantienen. Estos irán renegando, forzados de vuestro miedo, sin limpieza y libertad de las voluntades, que en tal guerra de necesidad se requiere; pues, señor, quien matase a moro con tal intención no pecaría menos que si fuese a cristiano; por lo cual dar al demonio tantas almas ciertamente más debe ser deservido que servicio ni alabanza de Dios.»

He aquí cómo en 1486 el infante don Juan de Portugal resolvía una cuestión de moral cristiana que está ahora torturando a no pocos de los que profesando cristianismo tratan de conciliar con éste el deber, el supuesto deber, de ir a la guerra cuando la patria, o mejor, cuando los gobernantes del estado lo exijan. Según el infante D. Juan de Portugal, hijo de D. Juan I, el Maestro de Aviz, los que van a la guerra renegando, forzados del miedo a su rey y señor, sin limpieza y libertad de las voluntades, si matan a un moro, a un enemigo, peccan no menos que si mataran a un cristiano, a un amigo, y dan sus al-

mas al demonio, expresa y clara condenación del poder de mandar a hacer la guerra a los que no quieren hacerla ni saben que en ella vayan a ganar nada, expresa y clara condenación del servicio militar obligatorio y más cuando se decide la guerra en consejos secretos, no en libre discusión popular, y callándole al pueblo los verdaderos motivos de ella. Que lo opuesto a la democracia, esto es: al régimen de publicidad más que de mayoría, es el despotismo y la esencia del despotismo, sea individual o colectivo, es el secreto.

Todo el resto de las razones que en contra y en pro de la expedición guerrera a Tánger expuso el infante don Juan, es de gran valor y merece leerse. Pero entre ellas hay una que debe detenernos. Según aquel infante, para gobierno del mundo se ordenaron tres estamentos, a saber: oradores, labradores y defensores. Hoy diríamos: parlamento, pueblo y ejército. Y el infante le decía al rey, su hermano, que si no hacía guerra cesaría su oficio de defensor «porque así como los labradores sin labrar y los oradores sin órdenes y beneficios, no pueden vivir, ni derechamente llamarse de tales nombres, así la vida de los defensores, que es su honra y fama, sin derecha guerra no puede mucho durar; por lo cual no cumpliendo el oficio que os es dado no mereceríais el galardón que por el Nuestro Señor os promete cuando dice: Quien quisiere venir en pos de mí nieguese a sí mismo y tome su cruz y sigame».

Ni cabe ciertamente exponer de una manera más clara y cónica, casi maquiavélica—antes de Maquiavelo—el principio del profesionalismo militar, que ya que haya militares y ejércitos tienen que hacer guerra para así tomar la cruz y seguir al Señor. ¡Tomar la cruz! O más bien ganarla, y si es posible pensionada.

—Con respecto a la brujería—dijo—¿cuál es su opinión? ¿Hay en realidad tal crimen?

Así preguntó Jorge Borrow, el genial autor del último libro picaresco—un libro en inglés—que es «La Biblia en España» (The Bible in Spain) a un anciano sacerdote español que había sido del Santo Oficio y con quien hablaba en Córdoba en 1836. Y el anciano sacerdote cordobés le contestó: —¿Qué sé yo!—dijo el anciano, encogiéndose de hombros—La iglesia tiene poder, Don Jorge, o por lo menos lo tenía de castigar algo, real o no real, y como era necesario castigar al fin de probar que tenía poder de hacerlo, ¿qué importa el que castigara por brujería o por otro crimen cualquiera?

¿No cree el lector que una legión análoga a la de este anciano ex inquisidor cordobés es la de aquellos «defensores» que viviendo de lo que llaman defender, y no es sino estandar, inventan cualquier brujería para cargarse con sus infames cruces y promover la guerra?

Y ahora, pobre príncipe Constante sacrificado al imperialismo de aquel pueblo a quien Guerra Junqueiro, el gran patriota y gran profeta ibérico, nos presenta en su poema «Patria crucificado y con un cartel encima de

la cruz que decía: ¡Portugal, rey de oriente!

En estos días y para digerir la historia que pasa—y aunque pasa, queda—no hay cómo recordar la historia que pasó, pero ha quedado. Oh, mis exquisitos viejos cronistas portugueses!

MICHEL DE UNAMUNO.

